

¿Tuyo o mío?

por Agatha Echevarría

Tatín tenía tres piernas. Sí, es verdad que tenía tres piernas. La tercera era más larga que las otras dos y esto le suponía un problema. Cuando llovía salpicaba a todo el mundo al bajar las aceras.

—¡Tatín póntela de bufanda! —le gritaban los niños riéndose de él.

Era una posibilidad cuando hacía frío, pero pesaba tanto que casi nunca le merecía la pena.

Un día llegó al colegio un nuevo niño que se llamaba Tatn y que tenía una sola pierna. Sí, es verdad, tenía una sola pierna y esto no le producía ningún problema.

—¡Es una suerte! Sólo tengo que atarme un zapato —contestaba cuando le preguntaban por su pierna.

Pero cuando Tatín y Tatn se encontraron en el recreo, los dos se cayeron de espaldas.

—¡Ésa es mi pierna! —exclamó Tatn, feliz de encontrarse con una pierna.

—Puede que sea tuya —contestó Tatín con la esperanza de verse libre de ella.

Comprobaron que la tercera pierna de Tatín era justo del mismo tamaño que la única pierna de Tatn.

—¡Devuélveme ahora mismo mi pierna! —dijo Tatn tirando con fuerza de la pierna.

—Llévatela ahora mismo —contestó Tatín agarrándose a un árbol.

Y así estuvieron toda la tarde, uno estirando de la pierna y el otro arrastrado

por todo el patio. Pero entre el mí y el tú, no consiguieron que la tercera pierna se separara de Tatín para unirse a Tatn.

Pasaron las nubes, la merienda y el autobús y allí seguían Tatín y Tatn. Hasta que, al llegar la noche, el farolero los encontró tumbados en el patio del colegio.

—¿Qué hacéis aquí tan tarde? —les preguntó.

—Quiero que me devuelva lo mío —dijo Tatn agarrado a la tercera pierna.

—Y yo, que se lleve lo suyo —contestó Tatín mirando a las estrellas.

El farolero se rascó la cabeza. Nunca se había encontrado en semejante lío. Había visto a niños que se quedaban con la piruleta o con el balón de otro, pero... ¿una pierna? Eso sí que nunca jamás y que... ¿el botín se pegara al pequeño ladrón? Eso sí que resultaba de lo más extraordinario. ¡Vamos! Podía decirse que se trataba de un caso digno de estudio.

Fue entonces cuando el farolero decidió llamar al sereno.

—Fíjate Mariano, éste le ha quitado la pierna y el otro no consigue recuperarla —le dijo el farolero al sereno.

—¡Yo no le he quitado la pierna a nadie! —exclamó Tatín bajo la luz del farolero y el tintinear de las llaves del sereno—. La tengo pegada desde que nació.

—Eso no es lo que me acabáis de contar —les corrigió el farolero.

El sereno no consiguió arreglar aquel enredo y decidió llamar al alguacil.

—Fíjate Bernardo, uno se olvidó la pierna en el pupitre, y el otro se la ha

quedado —le dijo el sereno al alguacil.

—¡Oiga! Que nunca he perdido ninguna pierna —contestó Tatn bajo la luz del farolero, las llaves del sereno y la gorra del alguacil—. Sólo he tenido una pierna desde que nací.

El alguacil tampoco fue capaz de entender lo que estaba pasando y decidió llamar al alcalde.

—Mire, Don Paco, al parecer han encontrado una pierna abandonada y ahora los dos se pelean por ella.

—¿Qué historia es ésta? —preguntó el alcalde rascándose el bigote—. La gente se deja un abrigo, un zapato pero... ¿una pierna?

—La pierna es mía —aclaró Tatín desesperado—, pero ya no la quiero.

—Es verdad que es suya —continuó Tatn—, pero yo sí que la quiero.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —preguntó el alcalde separándose los bigotes—. Si tú no quieres la pierna —le señaló a Tatín con su vara de mando—, se las das a éste y tú que la quieres se la cambias por unas canicas.

—Ése es justo el problema —le susurró el alguacil al oído.

—¿Cuál? ¿El número de canicas?

—No señor alcalde, que la pierna no quiere —exclamaron todos a la vez.

—¡Cómo que no quiere! ¡A mí, nadie me desobedece! ¡Qué escriba el alguacil! —pidió el alcalde con los bigotes hacia la luna.

El alcalde se subió al columpio y dictó un bando al alguacil, por el que toda



PABLO AMARGO

pierna que estuviera de más tenía que acompañar a la pierna que estuviera de menos. Y para evitar que saliera corriendo o se escapara se contaría hasta seis, para que la pierna se colocara junto a la pierna solitaria. El bando añadía que si desobedecía, se iría directa a los calabozos.

Tatín y Tatn se abrazaron horrorizados mientras oían contar bajo la luz del farolero, las llaves del sereno, la gorra del alguacil y los bigotes del alcalde...

—A la una, a los dos, a las tres, a las cuatro, a las cinco y a las...

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —se acercó alarmado el campanero—. No ha amanecido y ya estáis dando las horas. Se van a despertar las gallinas y aquí el despertador oficial soy yo —y les miró muy enfadado.

El alcalde, como máxima autoridad, carraspeó y poniendo un poco de orden le contó el dilema que se traían entre manos.

—Y para eso tanto jaleo —sonrió el relojero.

Todos le miraron muy asombrados.

—No me parece cosa de gracia —dijo preocupado Don Paco, el alcalde.

—Es muy sencillo —les tranquilizó el campanero—. No le hagáis ni caso. Se cree muy protagonista, ya se aburrirá y se irá a su sitio.

Al día siguiente, Tatín se levantó y, como le había dicho el campanero, se dirigió al colegio sin importarle arrastrar su tercera pierna. Bajaba las aceras y la pierna se golpeaba contra la calle. Giraba las esquinas y la pierna chocaba contra las farolas. Al llegar a clase, la pierna tenía el color de la granada y estaba súper agotada.

Durante el resto del día, Tatín no la dejó descansar un minuto. En gimnasia fue el más aplaudido por las mil piruetas que hizo con su tercera pierna. En el recreo, trepó a los árboles utilizando la pierna como un gancho, y cuando tocaron el silbato del final de las clases, salió corriendo llegando el primero a la tienda de chuches.

Y así, día tras día, y la pierna cada día

más agotada y más encarnada. Hasta que una mañana, Tatín se despertó y para su asombro comprobó que su tercera pierna era del mismo tamaño que las otras dos. «Debe de estar constipada y se habrá encogido», pensó Tatín. Esa mañana, caminó más despacio hacia el colegio.

—No sé que está pasando —le saludó Tatn—, pero siento un cierto cosquilleo por todo el cuerpo.

Tatín le pidió silencio y con un dedo le señaló su descubrimiento. El resto del día decidieron someter a la pierna al mismo ajetreo. Y la pierna subía y bajaba sin parar. Hasta que una mañana, al saltar de la cama haciendo una pirueta, Tatín se cayó al suelo de bruces.

Desde ese día, Tatín tiene sólo dos piernas y la nariz hinchada como una zanahoria. Y a Tatn, como tarda tanto atándose el segundo zapato, le han puesto dos faltas por llegar tarde al colegio.

En la ciudad, los charcos se han quedado solitarios y Tatín y Tatn se entrenan en la playa para la maratón.